



www.loqueleo.com

Título original: DÉBORA Y LA CASA AL BORDE DEL INFINITO

© 2019, Joan Prats

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-951-2

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Impreso en Colombia

Primera edición: mayo de 2020

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: Guillermo Pérez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Débora

y la casa al borde del infinito

JOAN PRATS

loqueleg

*Para Chicho, Odette, Toni y Rosa María,
gracias por todo el amor y la magia.*

Antes, los sábados tenían otro sentido para la familia Gutiérrez. Era el día en el que los padres hacían diligencias y los niños se conectaban a la Internet, se perdían en sus videojuegos o salían a jugar cualquier cosa que no tuviera que ver con las responsabilidades que ocupaban sus días de semana. Pero esos eran los sábados de antaño; el de hoy rompe con esa rutina.

Hoy es el día de la gran mudanza, cuando Débora y el resto de su familia abandonan (palabra que mejor describe lo que hacen) el apartamento que ha sido su único hogar durante sus 10 años de vida, para ir a vivir con sus abuelos. Ese modesto apartamento ha servido como su fortaleza ante un mundo exterior en el que ella no encuentra cómo encajar, por eso rara vez ha querido dejarlo, al menos que sea necesario. Por suerte, su nuevo destino la ayuda a calmar su ansiedad por este cambio tan drástico.

A pesar de que ella apenas ve a sus abuelos una o dos veces al año, las visitas son muy divertidas porque viven en una inmensa casona con un patio lleno de árboles,

espacio en el que Débora puede recrear las historias de sus cómics favoritos, aquellos dedicados a las hazañas de Centinela de Plata. Esto, y el hecho de que el abuelo Armando le cuenta las historias más entretenidas, además de apoyarla en sus ocurrencias, le ayudan a mantener una actitud optimista ante esta nueva aventura. Nunca ha entendido por qué sus padres se ponen tan nerviosos cada vez que están en la casona.

10 En el caso de su hermano Ernesto, no encuentra nada positivo en este nuevo capítulo de su vida, solo lo ve como un gran inconveniente que confirma por el peso de las maletas y cajas con las que tiene que cargar para ayudar a sus padres en la mudanza.

—Sé que solo tienes 14 años —dice su padre—, pero es hora de que asumas más responsabilidades, y eso quiere decir que no habrá videojuegos ni Internet hasta que termines de ayudar.

Clara, la hermana mayor de ambos, no hace caso y solo se ocupa de cargar con sus cosas. Ernesto ha notado algunos cambios en ella, como su inusual silencio, su actitud fría frente a sus hermanos y su disposición a discutir con sus padres, pero no entiende el porqué. Se encoge de hombros y se resigna a creer que cuando se cumplen los 16 años a uno se le cruzan los cables y prefiere vestirse con colores más oscuros.

Ernesto intenta ofrecerle ayuda a Clara cuando montan todas sus pertenencias en el carro, pero el chasquido de los labios y la mirada agresiva de su hermana lo convencen de que es mejor que asista a su madre.

Aunque la verdad es que a nadie le agradaba la idea de mudarse, pero era necesario. Luisa y Felipe, los padres de Débora, decidieron poner en alquiler el apartamento amueblado como una fuente de ingreso adicional, algo que le hace falta a la familia.

Cuando terminan de empacar, se marchan de inmediato. La idea es llegar primero donde los abuelos para recibir el camión que traslada las pocas pertenencias de la familia, porque la casa siempre ha sido difícil de encontrar para aquellos que nunca la han visitado antes, pese a estar situada en medio de una avenida muy concurrida. Nada de esquinas ni plazas comerciales. Esa casa es el ombligo mejor escondido de la anatomía urbana de la ciudad.

11

Durante todo el recorrido, el sentimiento de incertidumbre de Ernesto, causado por la despedida de su hogar y un futuro incierto, es constantemente interrumpido por el animado monólogo de Débora. Ella les cuenta a todos sobre las similitudes entre la mudanza y una épica aventura de Barbara Stevens, uno de sus héroes favoritos de Patrulla Delta. Felipe le contesta todo lo que puede en los breves instantes en que su hija lo deja hablar, contento porque uno de sus hijos le hizo caso a su vieja y querida colección de cómics. De vez en cuando, Luisa los mira a los dos y sonríe. Clara aprovecha el refugio que le brindan sus audífonos y el sonido de su música melancólica para meditar sobre cómo la vida le está jugando una broma pesada.

Luisa le avisa a los niños que han llegado a su destino: la casa de los abuelos. Mas el recibimiento no fue como

esperaban. Después de diez minutos tocando bocina, Felipe se ve obligado a bajar del auto, subirse por una pared, y abrir el portón de entrada al parqueo.

—¿El portón está dañado? —pregunta Débora impaciente por estar tanto tiempo atrapada entre sus hermanos en un espacio tan pequeño.

—No. Esto es un portón, y no es automático —responde su madre.

12 La conversación es interrumpida cuando Felipe, quien ha roto la parte trasera de sus pantalones escalando el muro, regresa al vehículo con cara de pocos amigos. Enciende el motor, se estaciona, y mantiene a todos dentro del auto unos segundos más.

—Está bien, niños. Como su mamá y yo les dijimos, esto no es permanente; y recuerden que deben de portarse bien y respetar a sus abuelos —dice Felipe mientras inspecciona los rostros de sus hijos por el espejo retrovisor.

Cuando se asegura de que Ernesto y Débora han escuchado, y que Clara hace un gesto de desgano confirmando que entiende, todos salen y se reparten entre ellos las cajas y bultos. De repente, las puertas del hogar se abren. De la leve penumbra del interior de la casa surge una voluminosa señora vestida en bata y calzando sandalias (de las que tiene muchas más en los bolsillos), junto a un hombre barbudo, con una camiseta blanca llena de agujeros, unos pantalones cortos desgastados y unas viejas zapatillas rojas.

—¡Hola, mis queridos! —dice la abuela Encarnación al recibir un gran abrazo de Débora. Cuando por fin logra



que la niña se le apee de encima, obliga a Ernesto y a Clara a abrazarla también.

—¡Hola, hola! —dice el abuelo Armando, saludando a los recién llegados. Débora se cuelga de su cuello y le hala la barba.

—Ok, ¿quién quiere subir a la mata más alta del patio a tumbar unos jobos para el abuelo? ¡El primero que lo haga se gana una hora para jugar con mis canicas especiales! —dice Armando entusiasmado.

14 —Aquí vamos —dice Felipe en voz baja, a lo que Luisa le responde con un codazo en su costado izquierdo.

La labor de trasladar las cajas del carro y el camión al interior de la casa no es tan traumática como todos esperaban y termina rápidamente, excepto para Felipe. Cada vez que sale a buscar una caja al carro, la puerta de la casa se cierra.

—¡Qué casa tan hermosa! —repite una y otra vez en voz baja hasta que se le vuelve a permitir la entrada.

Con las cajas adentro y el camión de la mudanza despachado, Felipe, Luisa y Encarnación se dedican a organizar las pertenencias de la familia. Armando aprovecha esta oportunidad para darles a los niños un breve recorrido por la casa. En las raras ocasiones en que sus padres los llevaron de visita, los infantes nunca se aventuraron más allá de la sala principal, la marquesina y el patio.

—Eviten ir a los lugares que les estoy mostrando al menos que estén acompañados por mí o su abuela —advierte Armando frente a una puerta en el segundo piso.

—Abuelito, ¿por qué no podemos entrar solos? —interrumpe Débora, quien parece estar en más de un lugar a la vez.

—Este... bueno, es que esta es una casa vieja y algunas de sus habitaciones están llenas de reliquias muy delicadas, y no están en condiciones para que uno ande dando vueltas por ellas, así que quizás no sea seguro. Y antes de que me olvide, tienen que jurarme que, mientras vivan aquí, nunca se quitarán estos amuletos de... la buena suerte. Les aseguro que les serán de gran ayuda —dice al pasarles a sus nietos tres pendientes, cada uno con un pequeño cristal azul colgando de él.

—Gracias, abuelito, es muy lindo —responde Débora al volver a colgarse del cuello del anciano—. Por cierto, abuelo, ¿por qué te crece la barba como a un chivo que está peleado con el barbero?

—¿Qué? —pregunta el abuelo sonrojado—. Pero esta es la última moda, ¿no?

Ernesto y Clara solo sonríen, porque no están seguros de cómo responderle. Armando también lo hace, pero deseoso de ir a pararse frente a un espejo para revisar la barba que hasta ese momento le ha sido una fuente de orgullo. Débora no entiende por qué todos sonríen, pero trata de imitarlos con una gran sonrisa exagerada.

Después de mostrarles sus habitaciones, Armando acompaña a los niños al comedor donde los demás los esperan con la mesa servida. Allí, el tío Alejandro, el hermano menor de Luisa, que en alguna ocasión Débora escuchó describir como un soñador, los saludó con cariño.

—¡Hermanita! —dice al darle un abrazo a Luisa y, luego, un beso en la frente a cada uno de sus sobrinos antes de acompañarlos en la mesa.

—Ale, ¿y tú qué haces aquí? —pregunta Luisa.

—¿Y dónde estabas cuando había que cargar las cajas? —pregunta Felipe antes de recibir una patada de Luisa por debajo de la mesa.

—Ah, sí, disculpen —responde Alejandro sonriendo y sin dejar de servirse comida—. De todas formas, ahora estoy viviendo otra vez en el país y podré visitarlos más a menudo.

—¡Qué bueno, hermanito! —dice Luisa con una sonrisa forzada—. ¿Y esa sorpresa? Pensé que te habías ido a Canadá a buscar empleo como ingeniero electromecánico.

—Sí, pero no funcionó. El no ser ingeniero te crea muchos problemas.

—Sí —responde Luisa tratando de mantener su sonrisa—. Creo que te lo comenté antes de que te marcharas. En más de una ocasión.

—Bueno, no importa. De todas formas, ahora estoy preparando un taller dedicado a la resolución de conflictos a través del uso de teorías filosóficas —dice Alejandro.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Débora.

—Que está desempleado —dice Felipe antes de recibir otra patada de Luisa, quien comenta sonriendo—. Suena muy interesante.

—Sí, mi licenciatura en Filosofía por fin servirá de algo —le asegura su hermano.

—¡Clara! —interrumpe Felipe para el alivio de Luisa—. Te he dicho en más de una ocasión que no te la pases chateando en el celular cuando estás compartiendo con la familia.

—No estoy chateando —responde Clara malhumorada al guardar su celular—. Solo reviso algo.

—¡Es lo mismo! —Felipe insiste con firmeza.

—¡No, no lo es! —responde Clara.

La discusión es interrumpida cuando todas las puertas se cierran al mismo tiempo causando un estruendo que espanta a todos.

—¿Qué fue ese sonido? —pregunta Ernesto, quien le ha agarrado la mano a su madre.

—Ah, eso. No es nada. Solo fue la brisa. No se preocupen —dice Encarnación—. Y lo del celular no es un problema. A nosotros no nos molesta. ¿Verdad que no, mi amor?

Pero Armando no le presta atención, se ha pasado todo el tiempo hablando en secreto con Débora sobre la diferencia entre el juramento de David Franks, el primer Centinela de Plata, y los demás miembros de una fuerza policial intergaláctica conocida como Liga de Defensores Galácticos.

—¿Qué? ¡Sí, claro! ¡Mi barba es cien por ciento natural! —dice, antes de que una chancleta golpee su cabeza.

Los niños se han criado escuchando historias sobre la legendaria puntería de la abuela y de cómo puede golpear la nuca de una persona con una chancleta sin importar qué tan lejos esté ni en qué posición se

encuentre. Esta habilidad la adquirió gracias a haber practicado constantemente con su esposo y sus hijos. Es la primera vez que sus nietos la ven en acción y Débora está convencida de que su abuela tiene mejor puntería que Peter Foster, Muralla Humana, quien también fue un francotirador del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América.

18 El resto del almuerzo transcurre en silencio, aunque cada vez que la abuela hace un movimiento repentino, los demás se cubren la cabeza. Al terminar de comer, los niños empiezan a guardar sus cosas y sus padres se excusan para tener una conversación privada sobre los detalles de su actual situación hogareña.

—Esto no va a ser tan fácil como pensaba —le comenta Encarnación al abuelo, quien le ayuda a recoger la mesa.

—¿Qué esperabas? Solo es el primer día —le dice Armando acercándose a su espalda y dándole un abrazo—. No te preocupes, todo se pondrá peor.

—Ja, ja, mejor concéntrate en los platos antes de que te toque otra chancleta —Encarnación se ríe al halarle la barba y empujarlo hacia la cocina para que empiece a fregar.



El primer día en esa gran casa fue muy difícil para los Gutiérrez, pero la primera noche es otra historia. Aunque el resto de la familia duerme exhausta por los acontecimientos del día, a Ernesto le ponen los pelos de punta cada crujido, cada temblor y roce proveniente de la casa.



Clara no hace caso a nada. Al principio no concilia el sueño, su mente está llena de dudas, teorías e incertidumbres, hasta que el cansancio puede con ella. Débora también permanece despierta, pero por distintos motivos. Aunque su madre le trajo su almohada y sábanas favoritas, las sensaciones que le provocan la textura y la firmeza de esta extraña cama hacen que se la pase dando vueltas buscando una posición que la ayude a dormir, pero nada funciona.

20 Las horas pasan y Débora sale de su habitación por un vaso de agua, con la esperanza de que esa distracción la ayude a calmar su ansiedad. Con el fulgor de la luna que penetra por las ventanas, la niña trata de recorrer su nuevo hogar en busca de la cocina, pero se detiene en la sala porque confunde un sofá de color blanco con manchas negras con una vaca. Cuando se cerciora de que el mueble en realidad es lo que es, con el rabllo del ojo ve una sombra desplazarse a lo largo del pasillo. El sueño y la sed han dejado de existir para ella, lo único que importa es descubrir qué es esa silueta y, en caso de que fuera un alienígena, quiere saber si la podría llevar a visitar su planeta con la esperanza de que quizás ahí no se sienta fuera de lugar, o que, por lo menos le regale algún objeto que le otorgue superpoderes.

Débora se dirige a paso veloz en la misma dirección que vio a la sombra, hasta que llega a una parte de la casa que no conocía, y es ahí donde descubre la identidad de aquella extraña figura: su abuelo, quien penetra a una de las habitaciones «prohibidas» disfrazado de mariachi.

Recuperándose de su desilusión al no haber sorprendido a un extraterrestre, Débora decide investigar.

En ese mismo instante, en un lugar sin nombre tan cercano como la habitación de al lado peor también a un universo de distancia, una figura se para sobre el balcón de la torre más alta de un gran castillo y suspira. La hermosa vista de este mágico valle usualmente calma su angustia, pero hoy no es suficiente. Lleva varias noches luchando con la idea de regresar a su antiguo hogar pero no sabe si ha pasado demasiado tiempo para enmendar viejas heridas. Su meditación es interrumpida por el sonido de los fuertes pasos de su lacayo.

—¡Amo! —dice la criatura—, ¡nos han robado!

La figura no dice nada, pero no es necesario que lo haga. Las nubes alrededor de la torre son un débil reflejo de la furia que él está dispuesto a liberar sobre todos los mundos hasta que recupere lo que es suyo.